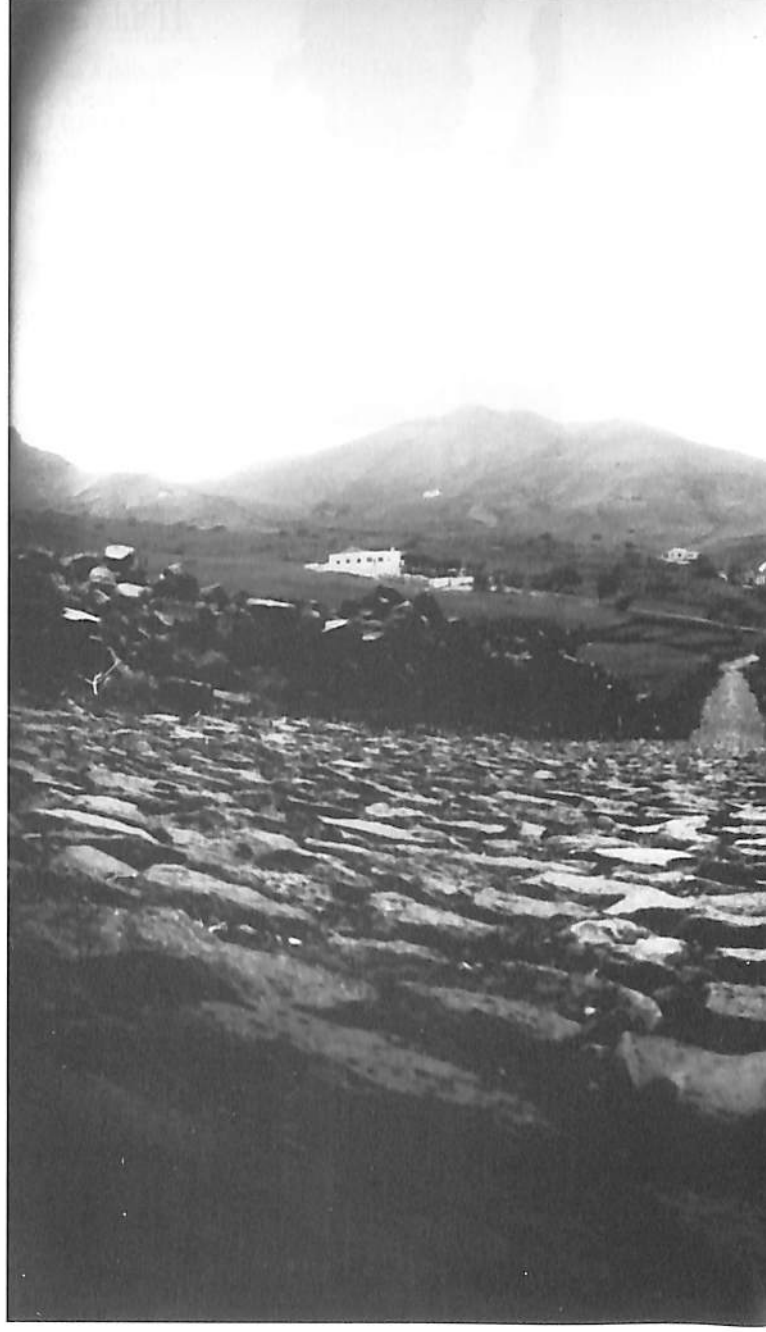


LA ABEJA EN LA COLMENA





Luz del Alba Velasco,
... Pide que tu camino sea largo, 2004.
Monte Verde.

CONVERSACIÓN CON ROBERTO FERNÁNDEZ IGLESIAS

POR MARCO AURELIO CHAVEZMAYA

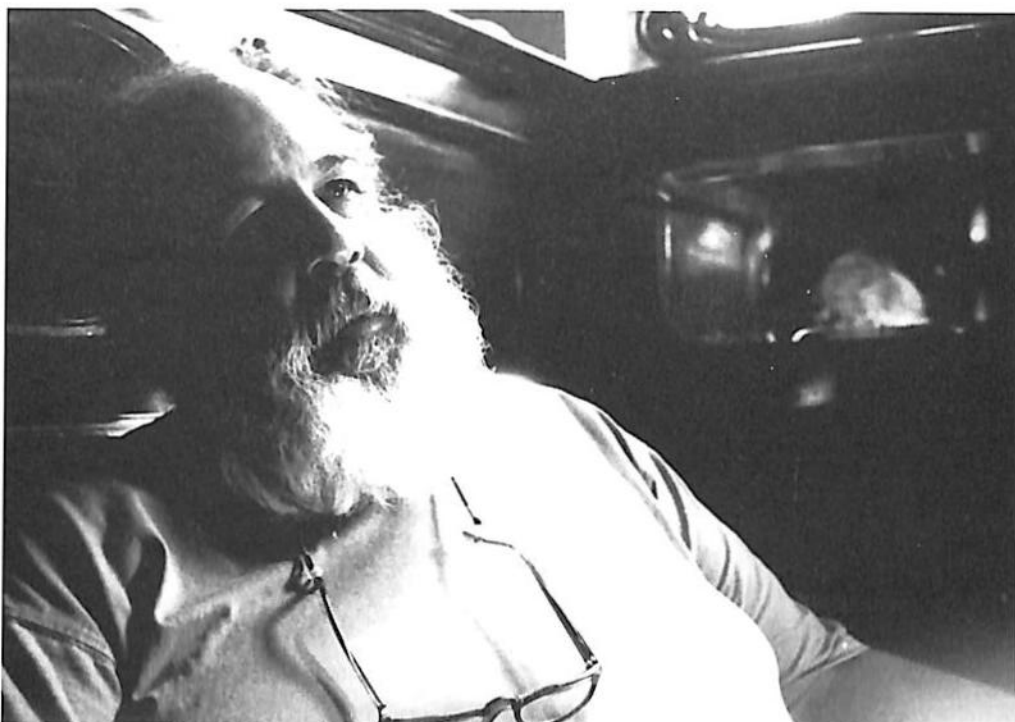
—ESTOY CON Roberto Fernández Iglesias, nacido el 27 de agosto de 1941, en Panamá. El famoso Gordo es poeta, narrador, promotor cultural, profesor universitario, periodista y, como diría Alfonso Sánchez Arteche, "patriarca de este sitio místico llamado *tunAstral*". Quiero saber en principio quién es Roberto Fernández Iglesias, así que vamos a hurgar en el hombre, y no hay mejor manera de hacerlo que yéndonos atrás en el tiempo. Roberto, ¿dónde naciste exactamente?

—Yo nací en la ciudad de Panamá.

—Cuéntame como era el lugar donde naciste, ¿qué recuerdos tienes?

—Pues mira, la ciudad de Panamá era una ciudad relativamente pequeña, quién sabe cuántos habitantes tendría, pero de alguna manera era una cosa pequeña, pero desde siempre ha tenido la virtud cosmopolita, siempre ha sido lugar de tránsito, incluso desde la época prehispánica, por ahí hay un trabajo de un historiador sueco que dice que el oro de los mayas venía de Veragua, en las costas caribe de Panamá. Entonces, por ahí pasa todo el oro de Perú, toda la plata de Bolivia, etcétera, ¿no? Cuando yo nazco, pues, Panamá era una ciudad que vivía la psicosis de la guerra, y el auge de la guerra, y por ahí, dada su misma condición de tránsito y por la presencia de los Estados Unidos, pasaban muchos barcos de guerra...

—¿Cuántos años tenía el canal cuando naciste?



Roberto Fernández Iglesias

—Ah, pues desde 1914 estaba funcionando, 27 años de estar funcionando. Es más..., parte de mis genes llegaron a Panamá por culpa del canal, mi abuelo paterno, que era medio especial el señor, llegó a Panamá a trabajar al canal, ¿no?

—Y ¿de dónde llegó?

—Bueno él es, el era español... Gente de campo, pero a él no le gustaba ser campesino, entonces se metió de marinero, se subió a un barco y anduvo de marinero y terminó en La Habana, y ahí ejerció pues cualquier oficio, ¿no? Con el auge de trabajo que había en el canal de Panamá, él se fue para allá donde fue dinamitero. Mi abuelo era ateo, anarquista y dinamitero, a mí nomás me faltaba ser lo último para ser como mi abuelo paterno, mi abuelo era ateo, pero mi abuela paterna era mocha, como era española, era mocha.

—¿Cómo se llamó tu abuelo?

—Se llamó Horencio, Horencio Fernández. Y ahí conoció a mi abuela paterna, que esa es otra historia. Ella, mi abuela paterna, era catalana, y con sus padres y otra bola de gente iban para Chile, donde les tenían tierras para que cultivaran, y al pasar por Panamá al jefe de la expedición le dio la fiebre amarilla, o una cosa de esas, ¿no? A principios del siglo XX o a finales del siglo XIX... Entonces este señor enfermó de fiebre amarilla y la expedición se quedó en Panamá a esperar que el señor se compusiera para seguir el viaje para Chile. Y bueno, no sólo se enfermó él, fueron varios, pero cuando se compusieron y ya iban para Chile, ya mi bisabuelo se había instalado en Panamá, ¿no? El ya se quedó en Panamá, y ya ahí entre la españolada se conocieron mi abuelo y mi abuela y de ahí ya sale todo lo demás, ¿no? La culpa de parte de mis genes se debe al canal de Panamá, ja, ja, ja.

—¿De ahí viene tu papá?

—Mi papá es el hijo mayor de mis abuelos.

—¿Tu padre cómo se llamó?

—Arquímedes Fernández Domenech.

—Ahora pláticame del lado materno...

—Uy no, del lado materno hay cualquier historia... Mi bisabuela, la mamá de mi abuela materna, era una señora que le decían Mamá Grande, ¿te imaginas, no? Parece que era una señora con una enorme personalidad. Y eh... y al revés, mi abuela era una señora muy tranquila, muy pacífica.

—¿No tienes antepasados negros del lado materno?

—Claro. Mi mamá era medio bemboncita. Yo siempre digo y lo platico que por mis venas hay gotas de cualquier cosa. Y creo que lo que no hay es de sangre amarilla, pero ve tú a saber, ¿no?, ¿eh? Ve tú a saber..., y el papá de mi mamá ése sí era un blanco, no blanco colorado, no...

—¿Tu padre a qué se dedicaba?

—Bueno la historia de mi papá es muy interesante. Cuando se acaba el canal, a mi abuelo se le acaba el oficio de ser dinamitero, que no era un oficio digamos muy controlado. Y pues mi abuelo termina de velador, ¿no? De velador, y eso fue el resto de su vida activa, como si dijéramos. Entonces, cuando mi papá iba en primero de secundaria, eran cinco hijos, no se ajustaban las quincenas en la casa, entonces mi papá tuvo incluso que dejar la escuela para encontrar un trabajo formal y ese trabajo se lo dio uno de los catalanes que se había quedado en Panamá, que era tipógrafo, que era linotipista, y entonces lo invitó de chicharo, como dicen en México, ¿no? De "ibm". Había un puesto de esos en el taller de imprenta donde trabajaba, que era de un periódico, ¿no? Y entonces mi papá entró a trabajar ahí de chicharo. Y pues la idea era que se fuera enseñando a la tipografía y entonces este... un día estando él ahí trabajando baja de la redacción uno de sus profesores de la secundaria, y dice: —¡Luis Fernández! ¿Usted qué hace aquí? ¿No va a clase? —No, no señor, es que tengo que trabajar para ayudar a mi familia. —Oiga Fernández, pero usted era buen alumno, escribía bien, etcétera. —No, sí, pero ni modo, tengo que cumplir con mi familia, ¿no? Y pues se fue, y al otro día vuelve a bajar, y le dice: —Oiga Fernández, usted escribe bien, y le gusta el futbol, ¿verdad? Bueno, el domingo hay un juego no se qué, vaya y hágame una nota sobre ese juego. Y entonces mi padre miró el futbol y luego se subió a la redacción, a hacer su nota, y ahí empezó a ser periodista, y así fue hasta el último día de su vida, ¿no? Se hizo periodista sin haber terminado ni primero de secundaria, ¿no? Eso sí, mi padre era un gran lector.

—Hábito que te heredó a ti.

—Pues yo creo que sí, de sus hijos fui el único que lo heredé, de sus seis hijos el único lector soy yo.

—¿Fuiste el mayor Roberto?

—No, mi papá tuvo tres camadas con tres señoras, con la primera dos hijos, con mi

mamá tres, y luego con otra señora tuvo uno, una, mi hermana Thelma.

—Cosa que era muy normal en esos tiempos, ¿no?

—Sí..., pues yo creo que todavía, yo tengo tres hijos con tres señoras, uno con cada una, a lo mejor ahora influye la cuestión económica o ve tú a saber... Yo no creo que eso sea bueno ni nada... Creo que el único matrimonio de mi papá fue con mi mamá.

—Bueno, volviendo a la infancia, ¿eras un niño feliz?

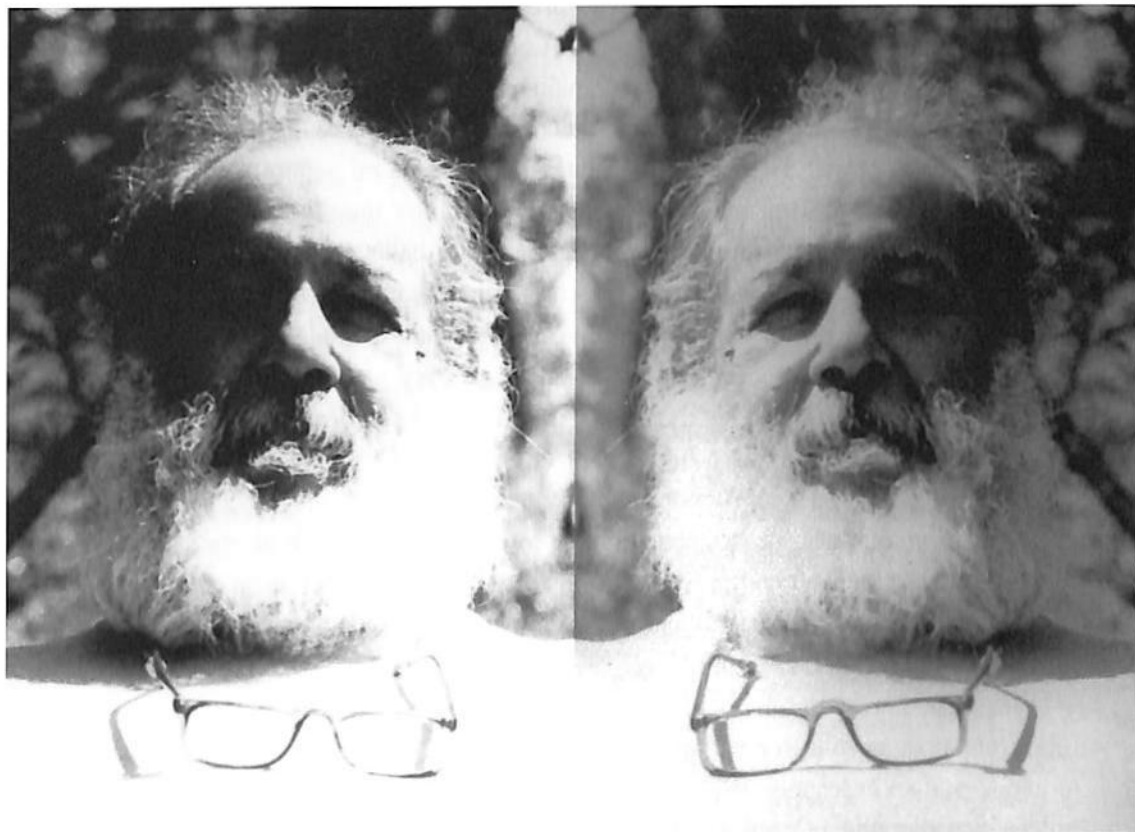
—Yo no sé qué es eso de la felicidad, yo fui..., yo hice muchas cosas...

—¿Eras muy tranquilo o muy cabrón?

—No, yo era un desmadre, siempre he sido un desmadre, siempre..., he sido muy desordenado, era famoso porque yo me perdía —bueno yo me perdía para los otros, yo sabía dónde estaba y qué estaba haciendo—. De chiquito me iba con gente y a pasear a la playa, a buscar tesoros, y que los tesoros de los piratas y cosas de esas.

—¿Tu casa estaba cerca de la playa?

—El barrio donde yo nací, Calidonia, era un barrio muy especial, quién sabe cómo será ahora, medio de negros. Era un barrio construido en una zona que rellenaron, que le robaron al mar, le robaron un cacho de terreno al mar y entonces ahí pusieron en venta unos terrenos muy baratos, y entonces mi papá y mi mamá compraron el terreno y ahí nos



mudamos a los cuatro años, y esa casa estaba a cuadra y media de la orilla del mar, pero esa orilla era zona de desagüe, de descarga de la mierda, y para encontrar una playa donde uno se pudiera meter había que caminar 30 o 40 kilómetros. Pues yo iba a buscar tesoros por allá, lejos, hacia el sur, porque hacia el norte se topaba uno con el canal.

—¿Y en la escuela?

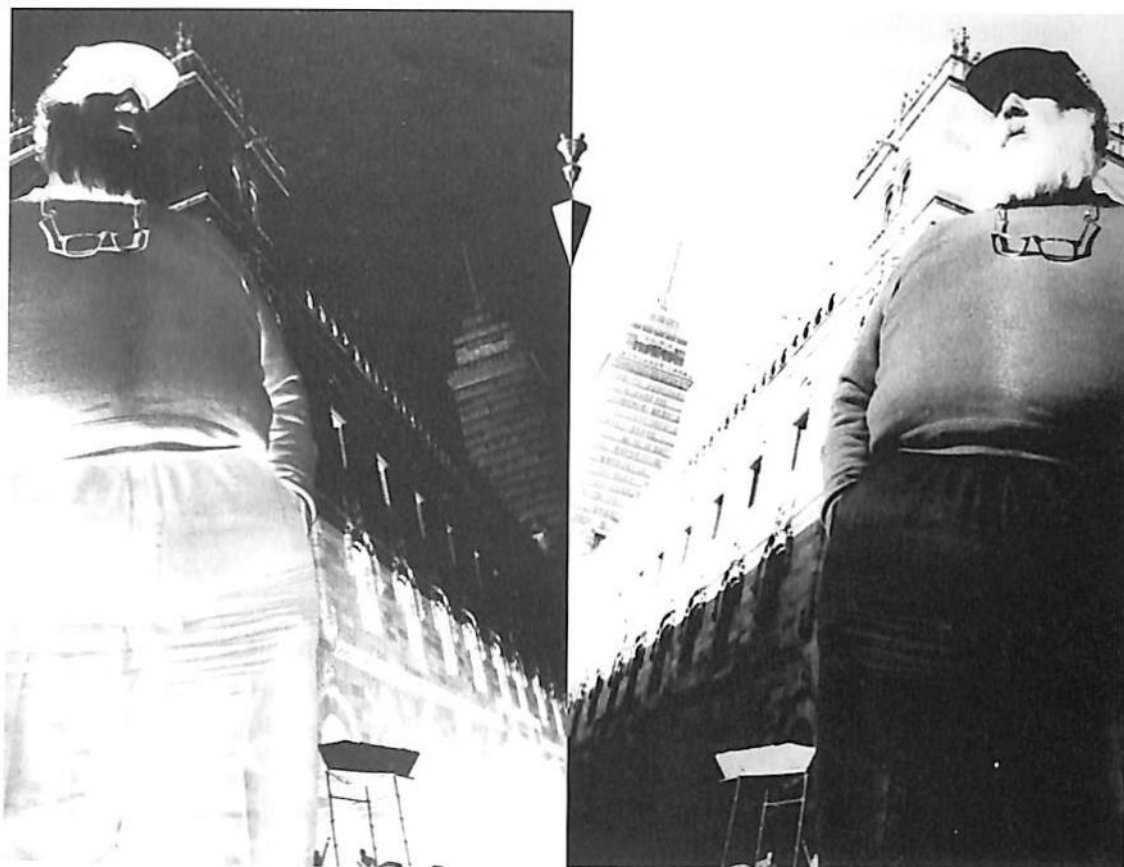
—En la escuela fui desordenadísimo, cosa que vinieron a descubrir los jesuitas cuando hice la enseñanza media... Lo que pasaba conmigo en la escuela es que yo me aburría, yo me aburría, porque decían una cosa y yo me la aprendía, entonces cuando la repetían yo ya la sabía, ¿no? Empecé a hacer desmadre, cuando estaba yo en la escuela primaria fui un desmadre, en parte por eso.

—A ver, pláticame de tus lecturas de niño.

—Uy, uy, te voy a contar cómo aprendí a leer, cómo me enseñaron a leer. Resulta que mi mamá era maestra; mi tía madrina, hermana de mi mamá, era maestra; mi abuela, madre de mi mamá, era profesora de inglés, y entonces pura maestra, y la bola de señoras, pero la que se encargó de mí (porque mi madre también fue todo un desmadre toda su vida), la que se encargó de mí desde chiquitito fue mi tía madrina. Y luego mi tía madrina fue la segunda o la tercera mujer en Panamá con licencia para manejar, tenía su coche, y me llevaba con ella en su coche y me decía: —A ver Robertito, ahí dice Banco Nacional de Panamá. Se ponía a enseñarme en los letreros y los anuncios. —Ahí dice Kodak y ahí dice Coca-Cola. Cuando volvíamos a pasar me preguntaba: ¿Qué dice ahí mijo? —Banco Nacional. ¿Y acá? —Kodak. ¿Y qué dice acá? —Coca-Cola. Entonces la maestra decía: —Es que se aprendió la figura, si tu le dices a un niño en un letrero cualquiera aquí dice Pedro, y le dices: —¿Qué dice aquí hijo? —Pedro. Quien sabe si diga Pedro, pero el niño aprende la figura. Fíjate, te voy a contar que después de nacer yo mi señora madre tuvo dos abortos no provocados (mi madre siempre fue una mujer muy inquieta, para decirlo decentemente, muy agitada de muchas cosas). Cuando había quedado embarazada, la ginecóloga le dijo: —Tienes que irte del país hasta que ese embarazo pegue porque si no te vas lo vas a perder otra vez, porque aquí no te podemos ayudar. Entonces dijeron: —Vamos a ir a México a que la Virgen de Guadalupe nos haga el milagro. Entonces mi abuela, mi señora madre y yo, de dos años y medio, vinimos a México a que la Virgen de Guadalupe le hiciera el milagro que pegara el embarazo de donde salió mi hermana, Gloria. Y bueno, ya aquí en México, ellas contaban que un día íbamos en un tranvía, íbamos para una especie de pensión cerca de la embajada rusa —yo no me acuerdo de nada de eso, eso me lo contaron— y tomamos el tranvía, y ya en el tranvía dice mi mamá que dije: —Mira mamá, ahí dice (Roberto imita la voz aflautada de un niño): —*Historia de un gran amor*, con Gloria Marín y Jorge Negrete.

—Ja, ja, ja.

—Y entonces se voltean a ver las dos señoras, porque eso no me lo habían enseñado, no me lo podían enseñar, pues era una película que se acababa de estrenar. Y entonces —¿Qué dice allá, hijo? —Santa Rosa. Y así empecé a leer los letreros. Entonces se dieron



cuenta: tenía yo dos años y medio y ya leía. Hay una anécdota de un periodista panameño, Armando Moreno, que estaba aquí en uno de esos exilios tropicales de diplomático, tenía una chamba ahí en la embajada (pero era para tenerlo fuera del país). El tipo vivía en esa pensión, las señoras le platicaron todo ahí a la hora de la comida y entonces el cabrón ve la manera de hacer billete y le dice a mi mamá: —Présteme a Robertito, lo voy a llevar a pasear, le voy a comprar un helado. Entonces me lleva a un café con sus cuates, y les dice: —Este muchachito, ah, pero antes le dice a mi mamá: —Présteme su pasaporte por cualquier cosa. Bueno, les dice: —Este muchachito que tiene dos años y medio, según dice su pasaporte, sabe leer. —No, cómo crees. —¿Cuánto apuestan? —¿Cómo crees? —Aquí está el pasaporte. Tráeme el periódico; a ver Robertito, lee. Y apostaron. —No, que ese periódico lo traías tú. Y que pasan vendiendo la extra de las últimas noticias. —A ver, tráiganme ese periódico; ahora sí, Robertito, lee. Yo leí: —bla, bla, bla. Yo no sé qué me habrá ofrecido éste por participar en el negocio, pero al otro día, a los dos días, viene y quiere volver a llevarme con otro grupo de amigos a volver a chingarle unos pesos. —Oiga señora, voy a llevarme a Robertito, voy a comprarle un helado. Y que me dice: —Vamos. Y le digo: —¡No! —Ándale vamos. —¡Que no! Y el tipo me insistía y yo: —¡Que no! Entonces un día, muchos años después, estaba yo en una librería en México, en la librería del Prado, del

viejo, desaparecido ahora, Hotel del Prado, entonces que oigo una voz: —¡Que no! —¡Armando Moreno! Bueno, pues entonces tenía yo dos años y medio cuando empecé a leer, pero así a leer pues, de lo primero que me acuerdo haber leído fue *El tesoro de la Juventud* que estaba ahí, los veinte tomos.

—¿La enciclopedia completa?

—Sí, veinte tomos, había ahí una bola de libros que eran del papá de mi mamá que se quedaron ahí en la casa, yo por ahí tengo tres o cuatro de esos libros. Una edición viejísima, preciosa, en tela azul, y lo empecé del uno al veinte, y me los chupé todos, lo que si te puedo decir es que cuando yo tenía como seis años yo ya me había chupado los veinte tomos de *El tesoro de la Juventud*, y una muchacha, ahijada de mi tía madrina, que vivió ahí con nosotros, un poco como hermana mayor, etcétera, me decía: —Es que a ti te importa más la teoría de la relatividad que ir a jugar, no se qué. Y eso fue mi primera lectura que yo tengo clara. Hay cuentos de *El tesoro de la Juventud*, cosas que yo todavía recuerdo perfectamente, y que además las uso, en clases y eso, y que me han servido. Y a partir de eso me empezaron a regalar libros en la familia, en la navidad por ejemplo la costumbre era que compraran un regalo para los tres hijos de mi mamá, un regalo para los tres, por ejemplo: un columpio, entonces era para los tres. Pero regalos más particulares para cada uno. Entonces a mí me regalaban generalmente una camisa y libros.

—¿Qué libros te regalaban?

—*El alcalde de Zalamea*, *El Quijote*, *La vida es sueño*. Yo recuerdo que a los nueve años ya recitaba: “Sueña el rey que es rey...” Entonces yo me las aprendía de memoria esas cosas a los nueve años...

—Después de eso necesariamente empiezas a escribir, llega un momento en que necesariamente tienes que escribir.

—Bueno, antes ahí va otra historia: Ya había nacido mi hermana y para que no fregara yo a mi señora madre, mi tía madrina me llevaba a su salón, a su clase de tercero de primaria. Y entonces yo sabía cosas de tercero de primaria antes de ir a primero. Yo sabía multiplicar y dividir a los cuatro años. Entonces al inicio del siguiente año, —Pues yo ya no me puedo llevar a ese niño a la escuela, decía mi tía madrina. Entonces buscaron con una amiga de ellas, doña Tita Lazo, el poder de irme de oyente con ella en primero de primaria. —Doña Tita, no tengo banco, le decía. Entonces me llevaron una mesita y una silla, al lado del escritorio de la maestra, el caso es que como al mes llega el inspector, el tío Lito, el tío Lito Zelerín...

—¿Así se llamaba?

—... así yo lo conocí, como el tío Lito Zelerín, y empieza a preguntar y nadie contestaba, nada más yo. —¿Pero quién es el que contesta? —Yo, le decía. Entonces la maestra no sabía qué hacer, porque yo no era alumno, era un colado ahí y entonces se salen y le pregunta: —Oye, Tita, ¿y ese muchachito que nos respondió todo, quién es? —Es Robertito Fernández, es que él no es alumno, es oyente. —¿Cómo que es oyente? —Sí, sí. —¿Quiénes son sus padres? —Arquímedes Fernández y Miss Iglesias —Ah, la vieja de Miss Iglesias,

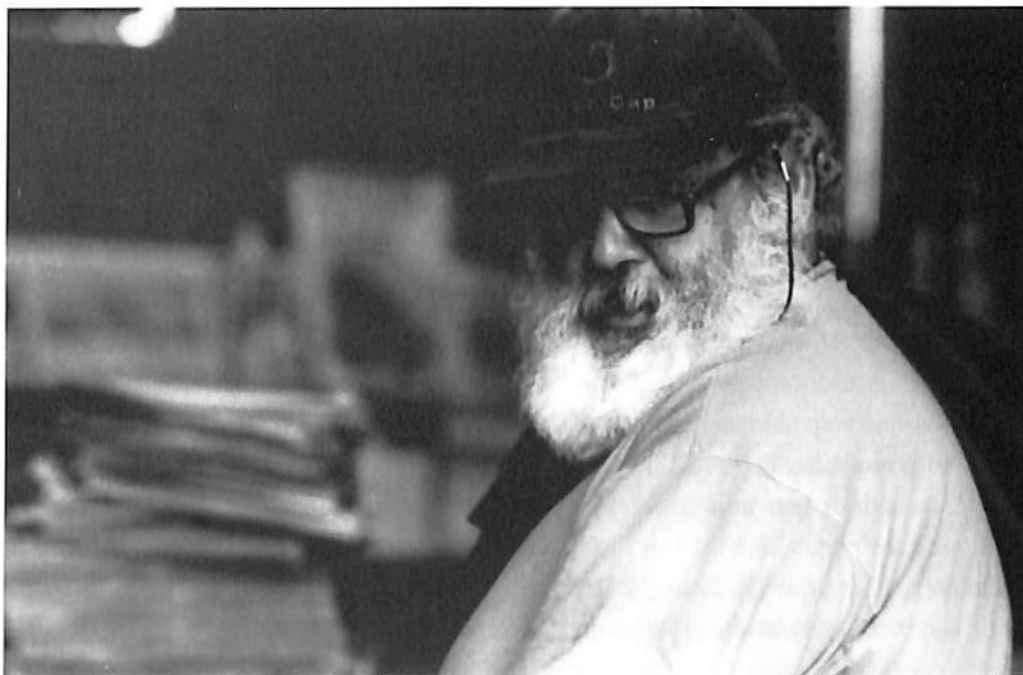
la profesora Iglesias y el periodista, pues que lo inscriban. —Es que Robertito nomás tiene cuatro años. —Pues no importa, yo firmo la inscripción. Y gracias al tío Lito Zelerín entré a la primaria a los cuatro años. Y ahí en las vacaciones de ese primero de primaria me llevó mi tío padrino, hermano de mi mamá, don Domingo Iglesias, a Las Tablas, una zona en el centro del país, que es así como dijéramos la zona típica por excelencia, un poco así como Jalisco, el Bajío, los charros, la cosa campesina, no tan variado como México por el tamaño, pero es como lo típico, y ahí había decimistas, copleros y esas cosas, y me gustó. Entonces ya regreso con mis propias coplas, coplitas y, por ejemplo, hay una que creo que está citada en una cosa que se llama *Autobiografía*: “Yo soy de un pueblo tableño que vengo de la tablicia”. Esas son las primeras cosas que yo compongo, cuando apenas sabía medio escribir, pero a partir de ahí escribo pendejadas, muchas.

—A ver, déjame preguntarte en este momento, justamente en ese texto de *Autobiografía*, dices ahí: “Nací el miércoles mientras los dioses asustados se metían bajo la cama, antes de saber hablar fui creando mi propio mundo de sonidos, la educación fue carcomiendo ese mundo, entonces sucedió el acontecimiento más importante de mi vida: descubrí que las palabras sirven para crear mundos, más exactos, completos y sobre todo comunicables”, que es de lo que estamos hablando, ¿no?, este descubrimiento de las palabras.

—Bueno, no es tan simple, el hecho vivo no es como está ahí, es cosa de idas y vueltas, de tropiezos...

—¿Pero ese viaje a Las Tablas te reveló algo?

—Ah, me reveló lo que era el ritmo en los versos, el octosílabo... Volviendo a



Autobiografía..., yo descubro eso temprano, que las palabras tienen un juego, una mecánica, cuando digo "comunicables", si yo fuera de esos que corrigen las cosas, como José Emilio Pacheco, a lo mejor ahora ponía "compartibles", un mundo no comunicable sino compartible, pero yo no los voy a cambiar, no te preocupes, ja, ja, soy muy huevón para eso.

—Tu incursión en la primera aula me recuerda mucho a Bernard Shaw, quien dice: "A los seis años interrumpí mi educación para ir a la escuela". Entonces como que me suena mucho eso, en tu caso.

—Yo me defendí muy bien de la escuela, yo creo que yo me defendí muy bien en la escuela por el mismo desmadre que yo era, y por la influencia de mi mamá y mi madrina Marina.

—¿Siempre fuiste un niño adelantado?

—Pues sí, porque cuando yo tenía cuatro años en primero de primaria incluso yo recuerdo que mi compañero, que era además mi cuate con el que más hablaba, era un muchacho negro de doce o trece años, en primero de primaria, era bueno para dibujar. El promedio de edad de los muchachos era de seis o siete años, hasta que yo me bachillero a los quince años con los jesuitas de Nicaragua, ahí había un chato que era el que más se acercaba a mí, que me llevaba un año de edad y después de eso no había ninguno que tuviera menos de dos años que yo.

—¿Eras el más pequeño?

—Fíjate que no. Yo echaba mucho desmadre y no me preocupaba y siempre andaba en algo e inventando cosas, organizándome cosas, lo que yo quería era salir,irme a caminar,irme a pasear en autobús; yo me recorrí en autobús toda la ciudad, yo era amigo de los choferes, me subían a sus buses, le daba la vuelta a la ciudad y platicando con los choferes.

—A ver, vamos a situarnos en la adolescencia. Llegaste a Toluca a los quince años, ¿no?

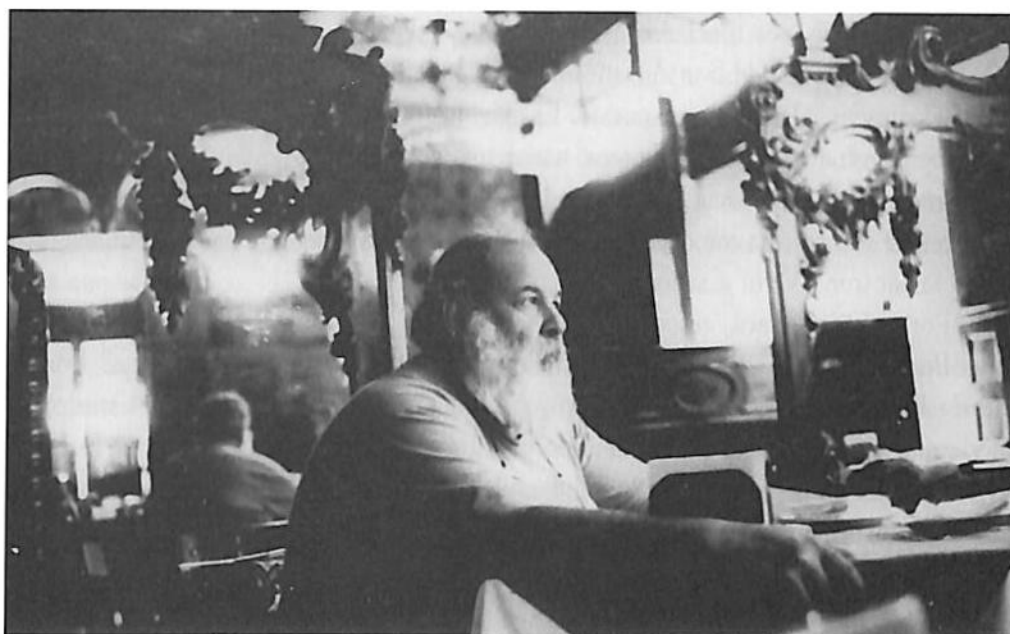
—Sí, señor.

—¿Por qué a Toluca? ¿A quién se le ocurrió venir a Toluca?

—Bueno, dimos un brinco muy grande, porque entre los diez años en que yo acabo la primaria en Panamá y los quince en que llego a Toluca, pasó una de las etapas más importantes de mi vida: la estancia de cinco años en el internado, en el colegio de jesuitas en Nicaragua; eso para mi fue una de las cosas mas importantes de mi vida, la mejor educación que yo pude tener jamás, y además en esos cinco años de estar encerrado ahí, leí como no lo había hecho en ninguna época de mi vida.

—¿Te quedaste marcado?

—Sí, sí: el internado tenía tres divisiones, la menor era la primaria, la mediana era la secundaria y la mayor era la prepa, que era de dos años, por decir, aunque allá no había la división, allá era corrido; en la secundaria seguía yo siendo el mismo desmadre, era un alumno intelectual y bla, bla, pero desmadre, conducta reprochable, claro que cada división



tenía sus dormitorios, su comedor, su sala de estar, cuando entro a la mayor, a cuarto año o a primero de prepa, como quieras, pues sigo siendo un desmadre, entonces el profesor de francés, don Pedro Miguel, cura jesuita, descubre el sistema de educación para mí, y como a los quince días me dice: —Ven acá, cuando yo dé la clase tú te sientas en el último asiento y haces lo que quieras ahí, sin moverte y sin hablar, pero cuando yo vaya a dar clase nueva tú te fijas, cuando yo te vaya a preguntar la clase entrando te voy a dictar porque te voy a preguntar la lección, para que estés atento ese día. Cabrón, ya sabía qué iba a hacer yo, iba a ponerme a leer, y entonces, el cabrón me tenía como pinche farol, no me movía, no brincaba, porque me metía a leer.

—Encontró el método perfecto... A ver, destácame algunas lecturas de esa época.

—Híjole, mira yo me leí las obras completas de Wenceslao Fernández Flores.

—¿Y quién era el señor?

—Un escritor español, franquista, allá de medio siglo, que en su tiempo era muy famoso y había un texto de él titulado *El hombre que compró un automóvil*, citado en muchas gramáticas y muchas cosas de estas, medio imitador de Quevedo en algunas de sus sátiras y sus cosas, muy especial el tipo. El único libro que me censuraron los curas fue *Las llaves de San Pedro* de un novelista francés llamado Roger Peyrefitte. La cosa es que ese libro, que hablaba de los desmanes del Vaticano y las cogederas y las cosas, yo lo empecé a leer, zonzo de mí, como a los 14 años. Me recogieron la novela los curas y la vine a leer veinticinco años después, ya acá en México. Por ahí debo tener la edición que me compré, nada especial, medio cochambrosa pero un *best seller* allá por los cuarentas o los cincuentas en Francia, de esos *best seller* que pasan a la historia, y veinte años después ya nadie se acuerda de esos cabrones. Bueno, leí la Biblia, leí mucha vida de

santos, leí clásicos por toneladas.

—Las *Confesiones*, de San Agustín...

—Todos esos... Darío, por supuesto. Es más, los curas tenían en su biblioteca, porque luego me dieron acceso a su biblioteca, tenían una edición príncipe de *Azul*, con notas de propia mano de Rubén, decía "Esto ya no lo diría así", un montón de cosas y correcciones. Entonces de esa edición me dejaron ver ese ejemplar, con notas de mano de Rubén, ¿de dónde lo sacaron? Ve tú a saber.

—¿Por qué vienes acá, entonces?

—¿Por qué vengo acá? Eso se responde primero, ¿por qué fui a Nicaragua? Porque cuando llegan mis diez años, que yo voy a terminar la primaria, mi señora madre no quería que yo me quedara en Panamá porque iba a ser un desmadre, como ya lo era, y fuera a encabezar manifestaciones estudiantiles y ondas de esas contra los gringos (ya había el primer mártir estudiantil que fue un chato que quedó paralítico, de una madriza con la caballería ahí en una manifestación, hasta que la caballería pasó a la historia, porque la gente iba con bolsas de granos de maíz crudo, y entonces a donde venía la caballería regaban el maíz en el pavimento y azotaban los caballos, entonces dejó de existir la caballería como instrumento de represión). Pero cuando yo tenía diez años mi mamá empezó a buscar dónde o quién me iba a controlar, quién iba a disciplinar al desmadre que yo era. Entonces las dos opciones fueron un colegio militar en Argentina y los jesuitas en Nicaragua, y ganaron los jesuitas porque estaban más cerca, más cerca de Panamá, y por la cosa religiosa yo creo que también.

—¿Cómo se llamó el internado de Nicaragua?

—Colegio Centroamérica del Sagrado Corazón de Jesús, que además es una escuela de poetas.

—¿De ahí quién salió?

—¿Te digo la batería? Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas, ¿te bastan esos? (risas). Todos esos son bachilleres del Colegio Centroamérica.

—Y Roberto Fernández Iglesias... Cinco años estuviste ahí.

—Cinco años estuve ahí, entonces cuando terminé el bachillerato mi señora madre no quería que yo regresara a Panamá por la misma causa, y entonces mi señora madre... bueno mi tía madrina venía para México, a estudiar al Crefal, en Pátzcuaro.

— ¿Al qué?

—Al Crefal, Centro de Educación Fundamental para la América Latina, una institución de la UNESCO, para preparar maestros en alfabetización. Todavía ahí sigue, hoy son otras cosas más o menos, pero ahí sigue. Entonces mi tía madrina venía para acá, para México, y pasa a Nicaragua a mi graduación de bachiller y entonces me llevaba un boleto para venir a México que me mandaba mi papá, digo, mi mamá, y un boleto para regresarme a Panamá a estudiar en la Universidad de Panamá, que me mandaba mi papá (risas). Mi madre dice: —Para México. Y de ahí me vine para México. Pero además de los veintiocho

que nos bachilleramos en esa escuela, veinticuatro, sin contarme a mí, fueron en primera instancia a la Universidad de Puebla, ¿por qué?, quién sabe. Entonces yo quiero inscribirme en Puebla, pero con mi tía madrina veníamos paseando por Centroamérica, visitando cuates de ella y demás, entonces cuando llegamos a Puebla ya se habían cerrado las inscripciones, ya habían iniciado las clases, etcétera, y no me pude inscribir en medicina, porque mi señora madre desde siempre me lavó el cerebro y me dijo que yo tenía que ser médico.

—¿Así que de ella fue la idea?

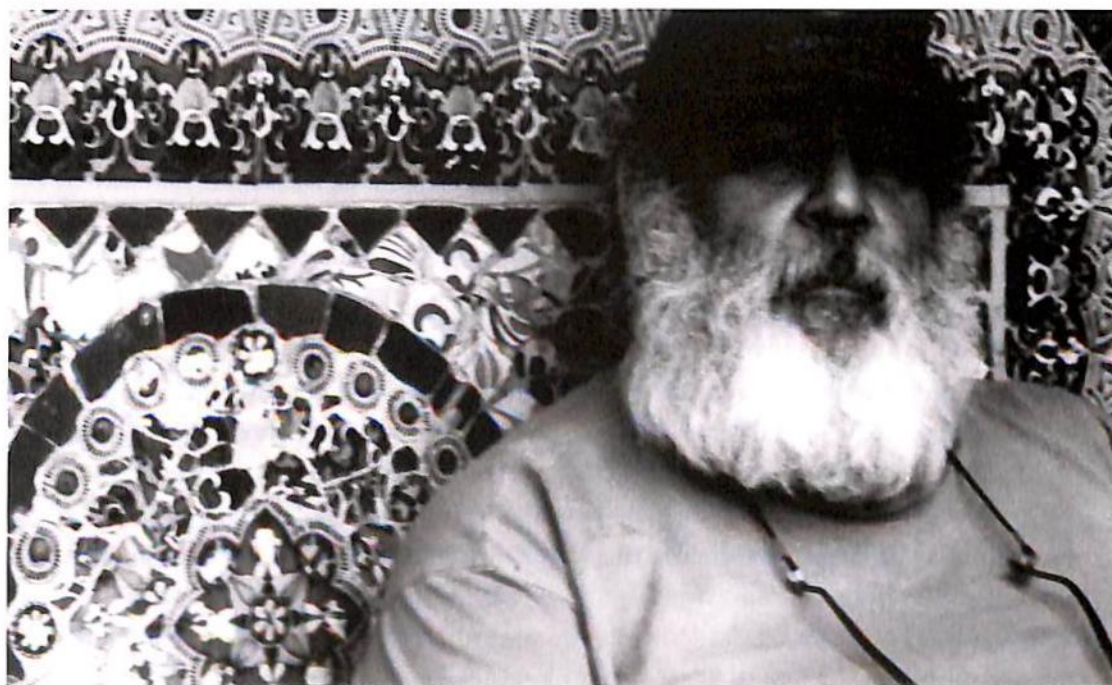
—Según mi señora madre alguien tenía que ser médico en su familia. Por otro lado, los jesuitas le habían mandado una carta a mi papá diciendo que yo debería estudiar derecho, pero lo que ellos querían decir era que yo estudiara ciencias sociales, era a lo que llegaban los curas, porque hubieran podido decir que yo estudiara letras, pero eso tampoco era tan claro, mis mejores calificaciones, mis mejores premios en la escuela fueron por matemáticas, por trigonometría, por física, por química.

—¿Te gustaba la física?

—Sí, sí, mis premios eran por esas cosas y no por letras.

—Lo de poeta ni siquiera te lo habías planteado.

—Nadie, las profesiones eran abogado, ingeniero y médico. Ah, si los curas hubieran dicho que yo debía estudiar matemáticas, eso hubiera sido a toda madre, vitalmente, porque eso es lo mas chingón del mundo, yo hubiera querido ser matemático, pero a mí nadie me lo dijo, en ese sentido yo tuve que ir por prueba y error encontrando mi camino, dijéramos, así vine a dar a estudiar medicina, pero en Puebla no me admitieron,



pues, a pesar de los esfuerzos. Mi tía madrina estaba en México en casa de un diplomático panameño, Mario Arriera Pinilla, por cierto medio escritor, con unas novelitas ahí, ni buenas ni malas... Pero buen hombre, medio borrachales, casado con una mexicana, y entonces yo andaba en Puebla y mi tía estaba en México, antes de irse al Crefal, y no me recibía el secretario general de la Universidad de Puebla, te estoy hablando del año 1957; pues no me recibía, yo estuve días enteros ahí en la antesala, me hice amigo de la secretaria, los ayudantes, los chicharos, todo el mundo, pero el tipo nunca me recibía. Un día me desesperé y me voy a ver a mi tía madrina a México, a casa de Mario Arriera, entonces llego a la hora de la comida y platico yo mi aventura y mi desventura y dice Mario: —Hombre, pero ayer llevé a Toluca al hijo de Mochis Valdez, y enseguida lo admitieron, en medicina; vamos te llevo a Toluca y te inscribo en medicina. Entonces ya mi madrina y yo lo estudiamos, lo discutimos y lo decidimos, entonces de allí mismo me regresé a Puebla por mis bártulos y llegué a México ese mismo día, ya llegué en la noche a México, dormí ahí. Al otro día me fui con este hombre a la embajada, a la oficina de la embajada, y de ahí nos fuimos a tomar el turismo, ahí al lado del cine Roble.

—¿El México-Toluca?

—Sí, los turismos triángulo flecha México-Toluca, ahí al lado del cine Roble, que quedaba pegadito al lado de un tugurio que se llamaba Bam-Bam, frente al monumento a la madre, de ahí salían los turismos. Y nos vinimos a Toluca, y de ahí ya quedé involucrado, como ves, para el resto de mis naturales días. Y entonces entré a la escuela de medicina, donde estuve inscrito 8 años.

—¿Entraste en el 57?

—Sí, marzo del 57, y fui lo que en ese entonces no se decía así, pero ahora sí se dice, fui un fósil, ¿no?

—¿A qué año llegaste?

—Casi tres, porque entonces eran seis años, no era por semestre como ahora, era por años y eran seis, y entonces allí estuve en medicina.

—¿Qué empezaste a hacer, ya en relación con la literatura?

—Hacia 1958 yo ya colaboraba en el periódico *El Universitario*, que hacía mi todavía amigo Daniel Villicaña. En ese momento —esto es algo muy importante Marco Aurelio, que cuando lo digo los chavos creen que son habladas de viejitos—, pero en México había un movimiento de periodismo estudiantil feroz, medio manipulado por las autoridades de todo tipo, pero ahí estaba, casi cada escuela tenía su periodiquito que salía por lo menos una vez al año, etcétera, entonces había un gran movimiento de periodismo estudiantil. Te digo, en 1958 empiezo con *El Universitario*, luego llega a la escuela de medicina Pancho Paniagua, entonces nos descubrimos aficiones literarias, y eso ya está escrito por ahí, en un texto titulado “Cuando yo era el mejor poeta del mundo”, que hay gente que lo tomó muy a mal, yo creo que por el título, sin haber leído el texto, pues sí, en algún momento Pancho Paniagua me decía que yo era el



mejor poeta del mundo, y yo le decía a él que él era el mejor poeta del mundo, pero el mundo de estos dos cabrones no pasaba de sus dos ombligos, y entonces cuando se muere Neruda, yo escribo el texto este donde cuento cómo un día llega Pancho y me dice: —Tú no eres el mejor poeta del mundo. El mejor poeta del mundo se llama Pablo Neruda. Y me saca los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, en una edición pirata, lo empezamos a leer y pues sí, el mejor poeta del mundo se llama Pablo Neruda, no era Pancho Paniagua ni Fernández Iglesias, entonces ahí descubrimos a Pablo Neruda. Estábamos en la Escuela de Medicina. Pancho empezó a hacer, y yo colaboraba ahí, el periódico de Medicina, y el periodismo estudiantil fue muy, muy importante hasta el 68, fue de las cosas que se llevó el 68, había una bola de periódicos. Por ejemplo, el mejor periódico no solo estudiantil que hubo, no sólo en Toluca sino en todo el país, en su momento fue *El Nigromante*, había ahí un grupo muy fuerte, muy

movido, con apoyo del gobierno. Se hacía en la calle de Juárez, tenía una oficina de dos pisos, ahí en el pasaje Florida.

—¿Quiénes participaron?

—Vélez Torres, "el chivo" Guadarrama, Gabriel Ezeta, Julián Salazar; pero los primeros que nombré, tenían aficiones literarias y se les ocurre hacer un suplemento literario, un suplemento cultural, te estoy hablando de 1962-1963. "El chivo" Guadarrama era vecino de Pancho Paniagua. Entonces de vecinos se descubrieron las aficiones literarias, etcétera, fue cuando *El Nigromante* empieza. Entonces Carlos Olvera, Hernán Bravo y yo nos vamos a *El Nigromante*, buscamos que nos aceptaran en *El Nigromante*.

—¿Dónde conociste a Carlos Olvera?

—Uy, mano, Carlos Olvera.

—¿Y a Hernán?

—Bueno, Hernán también iba a estudiar medicina a la escuela.

—Ah, igual.

—Y a Olvera, Olvera te voy a decir, es mi primer amigo en este país, si tú crees que Olvera es cojo ahora, era más cojo cuando tenía 15 años, al grado de que había momentos en que le era muy difícil caminar, entonces él vivía en Juárez donde su padre tenía una avícola, ahí en Juárez, donde ahora está ese almacén, ¿cómo se llama? El de la llave. Por ahí estaba la avícola del papá de Olvera, entonces para ir de ahí a la universidad, que toda la universidad era Rectoría, Olvera se iba en bicicleta, porque le era más fácil ir en bicicleta y también más estético que ir patuleando por ahí, ¿no? Entonces Olvera andaba en bicicleta, y nos hicimos cuates. Era el 57-58. Y las aventuras con Olvera son múltiples. Era un chavo con posibilidades económicas, entonces se empezó a juntar con los *popis* y a correr coches y no se qué..., hasta que empezó a querer hacer teatro, y fue ahí que nos encontramos, él queriendo hacer teatro y yo queriendo hacer literatura y periodismo. Bueno, por supuesto que participamos en el suplemento, pero luego a mí se me ocurrió hacer una revista literaria, hacer como una publicación dentro de *El Nigromante*, entonces Cervantes Tapia, que era un tipo muy habilidoso, me agarró y fuimos a ver a un tipo llamado Salvador Calvillo Madrigal, un escritor de tercera o cuarta fuerza nacional, que era secretario particular de Fernández Albarrán.

—El gobernador de entonces...

—Que era el gobernador, y entonces Calvillo Madrigal nos pagó a través de Hugo Villicaña, que era el jefe de prensa del gobierno, una revista, entonces en enero de 1964 sale el número único, porque no volvió a salir otro, de la revista *Umbral*.

—Tomaron el nombre de antes...

—De la plana aquella, por culpa de Pancho Paniagua. A Pancho le gustaba lo de *Umbral*, no sé de dónde. Pancho tiene su bronca con el umbral por algún lado... Pancho dijo: que se llame *Umbral* y salió el número único. Ya por entonces conocíamos *El corno emplumado*. Entonces el primer número que salió ya engrapado y refinado, yo lo agarré, lo hice rollito como un papel, le puse la dirección de *El corno emplumado* y

se los mandé, por correo, y a vuelta de correo me llegó la invitación para ir al primer, que no fue primer sino único encuentro americano de poetas, que fue una cosa muy especial porque conocí una bola de gente, vaciadísimo, conocí a los "cornos" para empezar.

—¿Dónde fue aquel encuentro?

—En el Club de Periodistas, allí en Filomeno Mata. Conocí a Efraín Huerta, a Thelma Nava, a don Edmundo Valadés, a Agustí Bartra, a los de *La espiga amotinada*; y a mis cuates de los cafés literarios de la juventud: Alejandro Aura, César Espinoza, Jorge Arturo Ojeda, que además eran del taller de Juan José Arreola, y entonces un día creo que Luis Antonio García Reyes fue conmigo, otro día fue Hernán allá al encuentro, pero estuvo vaciado, vaciado el rollo.

—¿Qué pasaba con *El Nigromante*?

—Pues mira, resulta que el Partido Revolucionario Institucional proclamó como su candidato, como uno de sus candidatos a senadores por el Estado de México, al doctor Mario Olivera, rector de la universidad, que hasta ese momento no era miembro del partido. Entonces el doctor Mario Olivera renuncia a la Rectoría, y en *El Nigromante* se arma una ruptura, que era prácticamente todos en contra de Carlos Olvera, Hernán



y yo, que éramos partidarios del doctor Olivera y del doctor Hernández (quien lo sucedió en la rectoría), y entonces se hizo una sesión para correrlos, terminaron corridos Olvera y Hernán Bravo, pero a mí no me corrieron.

—¿Por qué?

—Porque no había razón para correrme, como tampoco había razón para correrlos a ellos, pero nada más porque yo era mas chambeador que los otros, yo hacía muchas cosas en el pinche periodico: corrección, revisión, escribía, la revista, todo. Entonces yo estaba preparando el número dos de la revista, que prácticamente estaba pagado, y entonces pues como corrieron a mis cuates el doctor Bravo y el doctor Olvera, pues yo me corrí solito, pero no les dije que me corría, sino que agarré mis materiales de la revista y me los llevé y entonces traté de sacar la revista sin *El Nigromante*, pero se dieron cuenta y entonces va Antonio Cervantes a chillarle a Hugo Villicaña. Entonces Hugo me habló a mí y decidió con el señor Calvillo Madrigal que nada para nadie, todos a chingar a su madre. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Entonces ahí nace *tunAstral*.

—Ahí empezaron los números mimeografiados.

—No, ahí empezó el café literario, yo dije: —Vamos hacer cafés literarios, como los cuates de allá Andrés y Alejandro Aura y César Espinoza, —¿Cómo es eso? —Vamos a ver a México. Entonces me llevé a los que quisieron ir, fuimos a los Cafés Literarios de la Juventud, en el café Carmel, cuyo dueño del café era Jacobo Glantz, el papá de Margo Glantz, que además era buen poeta y bastante buen pintor, pero típico judío, un judío tipo rabino, vaciado, don Jacobo Glantz. Y eso exactamente fue lo que venimos a hacer nosotros en Toluca.

—¿Dónde hicieron al café?

—En el Rey, yo hablé con Amado Martínez, que era mi compañero de ajedrez, etcétera, a él le cayó de diversión y ahí empezamos el 11 de mayo de 1964 los cafés literarios, pero necesitábamos un nombre, con la idea además de hacer alguna publicación. La cosa es que empezamos con los cafés literarios. Y entonces, una gente de Olivera y Jorge Hernández, a través de Carlos Olvera (que sí estaba más ligado con ellos en la grilla política), va Jorge Bernáldez Huerta, iba a inspeccionarnos al Rey o iba a ver que onda ahí, a enterarse de la grilla, ¿no? Pero entonces se le ocurre que porqué no hacíamos una cosa mimeografiada con lo que se iba a leer, y ahí nacen los mimeografiados; se hacían en el mimeógrafo de la Prepa uno, porque Jorge Bernáldez era el secretario de la Prepa, se hacían con papel que nos daba Hugo Villicaña en el gobierno, paquetes de papel, nos daba don Panchito Martínez, secretario de los sucesivos rectores en la universidad y a quien yo le podía pedir papel y estenciles, yo picaba los estenciles, generalmente en mi máquina o en la máquina de la oficina del Profesor "Mosquito".

—Sánchez Arteche cuenta que tú eras el secretario de su papá...

—Sí, un tiempo yo fui como una especie de secretario del Profesor, le cuidaba la oficina y le tomaba recados, porque el Profesor era profesor-taxista y periodista-taxista

también, ambas cosas... hacía muchas cosas el Profesor. Entonces ahí nace *tunAstral*, para esto, ah bueno, ya desde antes nos reuníamos en "El dragón de oro" que quedaba donde ahora está Gigante, que era la Terminal, ahí, en el café de la Terminal, ahí nos reuníamos, todas las tardes y de ahí, los lunes, de ahí nos salíamos para ir al café literario en el Rey primero y luego en el Gran Hotel, y ahí nos veíamos y desde un principio fue duro y a la cabeza, ahí no había contemplaciones de que "qué vaya a pensar... que mi cuate". No, desde el principio fue duro y a la cabeza, antes de que supiéramos que eso se llamaba "taller literario". Cuando descubrimos lo de taller literario con los cuates de México, del Café Literario de la Juventud y del taller de Juan José Arreola (y que algunos fuimos al taller de Juan José Arreola), supimos que eso que nosotros hacíamos se llamaba taller literario, pero ya lo hacíamos de puro entusiasmo, así de fácil.

—¿Quiénes se presentaron, quiénes fueron los primeros que se presentaron en los cafés del Rey?

—Pues éramos nosotros, mira, primero Pancho Paniagua, Altamirano, que era un inca que aquí se hizo ingeniero, Hernán, quién sabe, yo ya no me acuerdo, pero ahí está la lista, ahí está el librote, ahí está la bolsa de poemas, ¿tú ya viste la *Bolsa de poemas llena de agujeros*?

—No.

—Pues Margarita, dale la *Bolsa de poemas llena de agujeros* a Marco Aurelio, pero la bolsa sí con todo y agujeros, no nada más los agujeros, ¿eh? (risas). Y bueno, lo demás es historia. LC

